

VI

DURANTE LA PAVANA

La torre de Nesle, célebre por la sangrienta leyenda que acerca de la misma han perpetuado trovadores y novelistas, era la primera de las cuatro grandes torres erigidas por Felipe Augusto para defensa de París. Daba frente al palacio del Luvre, en la orilla izquierda del Sena, y de ella partía la muralla de circunvalación ideada por el rival de Ricardo Corazón de León.

Tenía dicha torre como ciento treinta pies de elevación, y hallábase dotada de murallas redondeadas, toscas, macizas, ocupando un lugar avanzado en el río, pues que hallábase situada en una lengua de tierra cubierta por las altas aguas en las postrimerías del invierno, aguas que, al retirarse en la primavera, dejaban al descubierto, por unos cuantos meses, el verde musgo y la áspera maleza que en todo su perímetro circundaba la célebre torre.

Del flanco de esta partía un lienzo de muralla alme-

nada que iba á unirse más lejos á una puerta encuadrada por dos torres y provista de puente levadizo, separada por corto espacio de terreno del Hotel que llevaba el mismo nombre que la torre, esto es, del Hotel de Nesle.

Réstanos añadir que otra torre más ligera, pero más alta, pues su elevación llegaba á ciento cincuenta y cinco pies, flanqueaba la principal y servía para dar abrigo á una escalera de caracol.

Si hemos de ser francos con el lector, fuerza nos es decirle que la sombría tradición popular según la cual Margarita de Borgoña utilizó la torre de Nesle como teatro de sus liviandades, con acompañamiento de orgías y de crímenes horribles, tiene muy escaso fundamento.

Esto no quiere decir que carezca de él en absoluto. Brantome, sin citar el nombre de la protagonista, ha escrito en uno de sus libros: « En el dicho lugar asomábase á ver los hombres que pasaban, hacía llamar y llegar á ella á los que eran de su agrado, y luego de haber obtenido de los mismos lo que deseaba, hacíalos precipitar al río desde lo alto de la torre ».

En la época á que nos referimos aún no había sido entregada al tránsito público la puerta de Nesle ó puerta de Felipe Augusto que comunicaba con el puente levadizo y separaba el Hotel de la torre; sin embargo, el propietario toleraba el acceso á la misma, por complacer á sus vecinos los Grandes Agustinos y los padres de San German. Dicho propietario no era otro que el duque de Nivernais, quien había adquirido

todas aquellas construcciones, erigidas en feudo entonces, y que no debían ser demolidas hasta 1660, con objeto de comenzar en su emplazamiento la construcción del colegio Mazarino.

Como el duque había hecho grandes gastos al adquirir dicha propiedad, amueblando y tapizando suntuosamente todas las habitaciones, no hubo mucho que modificar en ellas para la celebración de la fiesta que los regidores de la ciudad, por recomendación del duque de Guisa, daban en honor de Enrique III en la noche del 2 de abril de 1577. Por graciosa concesión del propietario, los representantes de la ciudad podían disponer libremente, durante cuarenta y ocho horas, de la torre de Nesle y sus anexos.

Digamos en este punto que el misterioso poder de Bar Cobral no era completamente extraño á tal concesión; no tardaremos en ver cómo, sin haberse puesto previamente de acuerdo, debían encontrarse en dicho sitio, con objeto de atacar al último de los Valois, todos los enemigos de la descendencia degenerada de Catalina de Médicis.

Claro es que el local no hubiera sido suficiente, á no poderse disponer más que de la torre para la celebración de la fiesta ofrecida á Enrique III y á su corte por el prevoste de los mercaderes. De aquí que quedasen reservadas las cámaras y salones de la misma para el servicio particular, guardarropa y toaleta del rey, construyéndose á toda prisa un corredor volante tapizado de terciopelo azul flordelisado, para poner en comunicación la torre con el Hotel propiamente dicho.

El lector podrá hacerse cargo de la extensión del magnífico Hotel de Nesle cuando le hayamos dicho que ocupaba todo el perímetro que hoy ocupa la casa de la moneda, y bordeaba el Sena desde el pabellón izquierdo del Instituto para ir á englobar las actuales calles de Nevers, Dauphine y Guénégaud.

Tres años antes de que ocurrieran los acontecimientos que señalamos, Enriqueta de Cleves, esposa de Luis de Gonzaga duque de Nevers y hermana de la duquesa de Guisa, hubo de transportar á este Hotel de que hablamos la cabeza de su amante Coconás, cabeza que tuvo ella la audacia de ir á robar de noche á la plaza de la Greve, donde estaba expuesta en un poste, y que, convenientemente embalsamada, conservó durante dos años en un gabinetito situado á la cabecera de su cama. Precisamente en memoria de esta galantería póstuma hubo de darse el nombre de Coconás al salón que comunicaba con la habitación de referencia.

Cinco veces veinticuatro horas exactamente después de la destrucción por Sed de Amor de la partida fantástica del extraordinario Cortomontel en el cercado de los Cartujos, ó lo que es igual, cinco días después de la llegada á Paris de las reclusas de Bonaguil y de su caballero de escolta, y como á cosa de las diez y media de la noche, todas las ventanas de la torre, del Hotel y del dominio de Nesle, enviaban al exterior torrentes de luz, reveladora de la espléndida iluminación interior.

En el barrio, por lo general desierto y silencioso, reinaba á la misma hora extraordinario movimiento. Las calles, callejas y callejones servían de campamento á

tropas de todas las procedencias, hasta el punto de que un curioso empeñado en dar la vuelta á los edificios en los que divertíanse la nobleza y la alta burguesía, hubiera podido creerse transportado á la torre de Babel. De tal modo era completa la confusión de lenguas.

En la calle Dauphine y á lo largo de las murallas, los reitres del de Guisa cambiaban impresiones en todos los dialectos teutones. En las de Nevers y Guénégaud los artesanos hablaban en castellano, los arcabuceros en gallego, los arqueros en catalán; y unos y otros, los buenos iberos formaban parte de los cuerpos francos enviados por Felipe II de España en apoyo de la santa Liga. Por último, más allá de la puerta de Nesle, en los fosos, en el talud y en la explanada que reemplazaba la cloaca, cegada en parte, buen golpe de bohemios, armados de estoques y cuchillos, expresábanse en lengua cingara.

Demás de esto, en el muelle de los Grandes Agustinos hormigueaba una multitud tan densa como heterogénea, puesto que á los conductores de sillas de mano, de literas y de carrozas que en triple fila ocupaban tan gran espacio que llegaban hasta más allá del puente San Miguel, debía sumarse una horda de harapientos que había tomado posesión de la calle y encendido en ella hogueras para preparar su poco nutritiva pitanza.

Allí hubiera sido fácil reconocer al potentado interino de la Corte de los milagros, al gran *tío Hipo* rodeado de su estado mayor de truhanes y bellacas. Alemanes y españoles solo conocían un jefe: Enrique de Guisa;

mientras que los bohemios del castillo de Chaumont estaban á las exclusivas órdenes del capitán Landro, más conocido de la banda con el sobrenombre de Rolando de Saboya-Nemours, y que los truhanes debían hallarse á la devoción de Bar Cobral, el célebre brujo cuya triple encarnación regentaba la corte.

La concentración de todas aquellas fuerzas habíase operado silenciosamente, pues todas fueron llegando en grupos poco numerosos, y tomando posiciones en cuanto la última silla de manos hubo dejado al último de los invitados ante la gradinata del Hotel de Nesle. Y como los jefes hallábanse muy ocupados en el interior del suntuoso palacio, es lo cierto que alemanes, españoles, truhanes y bohemios confraternizaban, en espera de órdenes y en la más completa ignorancia de lo que tendrían que hacer. Solo sabían una cosa: que debían permitir circular libremente á cuantas personas tuvieran acceso al Hotel, damas, señores, burgueses ó militares, y aun afectar que si ellos se hallaban allí reunidos en gran número era con el plausible deseo de asociarse en lo posible á la general satisfacción y tomar una pequeña parte en el regocijo. En cambio tenían órdenes severas para vigilar los alrededores y detener y alejar por todos los medios á su alcance, sin excluir la fuerza, á todo nuevo elemento extranjero que intentara introducirse en el lugar de la fiesta, pasando por entre sus grupos.

Como es natural, la escogida y brillante sociedad que, con el deseo de asistir á un baile en el que debía presentarse el rey, habíase congregado en la torre de

Nesle, estaba muy en absoluto ignorante de los bélicos preparativos de que hablamos, y muy lejos por lo tanto de pensar que se hallaba prisionera: tanto ó más tal vez que los sitiados del Capitolio.

Cuando los invitados subían la gradinata, penetraban enseguida en el gran vestíbulo, en el que el Prevoste de los mercaderes, rodeado de los regidores, recibía á cada cual con frases respetuosas ó corteses, y reverencia profunda ó atenuada, según la condición social del huésped ó la importancia de la dama.

Franqueado este primer *obstáculo* gentileshombres y nobles damas entregaban sus abrigos á los lacayos y doncellas servidores de dos inmensos vestuarios, y quedaban luciendo sus ricos disfraces, pues como creemos haber dicho ya, con objeto de establecer una visible diferencia entre la nobleza y la burguesía, los pertenecientes á la primera recibieron, con la invitación, la súplica de que asistieran disfrazados.

Emprendían enseguida la ascensión de la escalera principal, pasando por entre una doble fila de tederos vivientes, funciones que desempeñaban á conciencia los ujieres del Prevostazgo con trajes de color blanco y cereza, y llegados al primer rellano, veían ante sí la fila de los ocho salones en que debía celebrarse la fiesta.

La animación era ya extraordinaria en el momento en que penetramos en ellos. Aun no habíase presentado el rey, ni tampoco sus principales miñones; pero como se les sabía muy ocupados en vestirse y pintarse en las habitaciones reservadas de la torre, su ausencia no inquietaba á nadie.

Ocultas tras un macizo de verdes plantas, una orquesta italiana invitaba á los placeres del baile. Por aquel entonces solo eran conocidas ocho danzas, y entre ellas las más en favor entre los adeptos de Terpsicore eran el Bran, procedente de Inglaterra, la Chacona y la Gallarda, de Italia, y la Pavana, importada de España, que era la danza noble por excelencia.

Todos estos bailes, y aun ligeras variantes de algunos de ellos, eran danzados con furor en los tres primeros salones, en los que debía reunirse la burguesía, y en los que las señoritas de lo que hoy llamaríamos clase *cursi*, hacían cuanto les era posible por lucir los trajes y adornos confeccionados, sabe Dios á costa de cuántas penas, durante los días y aun las noches precedentes á la fiesta memorable.

El salón siguiente, el más vasto por sus dimensiones, amueblado con asientos dispuestos en hemiciclo, debía ser teatro, mejor dicho escenario del famoso baile regio, y aún se hallaba ocupado por los tapiceros y lampistas encargados de terminar la decoración luminosa. Era algo así como una solución de continuidad entre los gentileshombres y los invitados plebeyos, por lo que las dos puertas de la derecha estaban guardadas por los alabarderos, mientras que los decenarios del Prevostazgo custodiaban las dos de la izquierda. Otra puerta, la número cinco, ponía esta sala en comunicación con uno de los rellanos de la escalera de honor; pero esta salida quedaba reservada exclusivamente al rey y á las personas de su séquito inmediato.

En los tres salones restantes, uno azul, otros gris de

plata y el tercero blanco, hubiéramos podido encontrar á la mayor parte de las personas de calidad que hemos mencionado en el decurso de este relato, ostentando todas ellas disfraces de circunstancias.

Hallábase ocupado el salón azul por Luisa de Lorena, quien en él tenía corte, y hablaba en voz baja con sus dos vecinas, quienes poníanla al corriente la una de la equivocación sufrida aquella misma mañana por su marido en el Chatelet, y la otra de lo intenso de sus padecimientos morales durante los largos años de destierro que acababa de sufrir injustamente. Dichas dos damas eran en efecto la esposa del gran Prevoste y Maria de Villanueva-Marsan, casada con el gran marqués.

Más adelante diremos en virtud de qué razones perentorias esta madre, que aún no tenía noticia alguna del paradero de su hija desaparecida, hubo de decidirse á acudir á la fiesta que se celebraba en el Hotel de Nesle. Digamos por el momento, que Glorieta la había acompañado; pero se separó de ella apenas entradas ambas en los salones, sin que la marquesa María, que recordaba perfectamente las recomendaciones que le hiciera poco antes su esposo, intentara tan solo oponerse á la extraña manera de proceder de la mudita.

En torno á la reina gravitaban personajes al parecer muy importantes. El señor de Brantome hablaba con Ambrosio Paré y los pocos supervivientes de la pléyade: Remy Belleau, Baif, Dorat y Pontus de Thiard. En cambio el Homero de aquel entonces, el señor de Ronsard, que á causa de su sordera no podía tomar parte

en coloquios sostenidos en voz baja, entreteníase en versificar, consignando en sus tablillas, sin duda para no olvidarlo, algún madrigal que acababa de ocurrírsele.

Catalina de Cleves, duquesa de Guisa, ocupaba el salón blanco, y parecía entregarse con delectación á un pasatiempo por el estilo del que ocupaba á la reina. Si no que en vez de una protegida, ella tenía cuatro, que formaban en verdad dos buenas parejas. Por una parte Francisco de Balzac de Entragues, satisfecha su venganza y desaparecido su humor hipocondriaco, comenzaba á revivir y aun á esperar, contemplando amorosamente á Maria Tuchet, la mujer sencilla y tímida cuya sola presencia habíale devuelto la razón, según él creía. Y por otra, Entraguet, desembarazado al fin de una horrible pesadilla, entregábase sin reservas á los transportes de su pasión acariciando las delicadas manos de Jannie de Goulaine cuyo valor y presencia de espíritu habían en realidad determinado el imprevisto y feliz desenlace de una tragedia que durara algunos años.

Cerca del interesante grupo, el duque de Guisa escuchaba distraidamente las frivolidades de que se ocupaban los personajes de que acabamos de hablar. El eterno pretendiente esperaba con impaciencia el anuncio del baile en el que el rey debía ser actor, para dar á sus conjurados la señal convenida y poner término á las danzas.

En el salón gris plata, inmediato, hallábase reunida en efecto, la juventud dorada de los dos partidos: de

los Guisas y de los Valois. No era el deseo de lucha lo que allí habíalos juntado, sino antes bien, el afán de divertirse. Tal vez por eso, damiselas ricamente disfrazas, y jóvenes ostentando trajes costosísimos, rivalizaban en gracia, ligereza y agilidad bajo la mirada benévola de la duquesa de Montpensier, á quien acompañaba Juan de Montluc, su alto dignatario.

Acababa la música de preludiar una solemne pavana, y ya iba formándose círculo en torno de las más brillantes parejas de la lucida fiesta, cuando alguien hubo de gritar con voz admirativa:

— ¡Cuerpo de Baco! Ved, señores, ved esas dos máscaras...

Todas las miradas se dirigieron hacia el sitio señalado por el que hablaba, y un coro de frases elogiosas dejóse oír al punto.

— ¡Son las reinas del amor!

— ¡Dos sirenas!

— ¡Bocados exquisitos!

— La morena, señores, me ha flechado.

— Yo preferiría la rubia.

En efecto, dos muchachas, morena la una, rubia la otra y ambas disfrazadas con exóticos trajes de vistosos colores, tapados los rostros con antifaces negros, acababan de aparecer en el umbral del salón azul.

Detuviéronse al pronto indecisas, sin saber si debían avanzar ó retirarse, visiblemente contrariadas por la curiosidad de que eran objeto, y esto último no solo á causa de lo original de sus disfraces, si que también y sobre todo por lo extraño de sus peinados.

Porque es de saber que en aquellos revueltos tiempos en que las oposiciones políticas ó religiosas se entrecrocaban crueles ó ridículas en el podrido ambiente de las impopulares costumbres de los invertidos de la corte, la coquetería femenina habíase moderado mucho. Y como las damas de la corte no tenían por qué hacer gala de sus cabelleras, personal encanto de la mujer, para llamar la atención de Enrique de Valois, cuyos especiales gustos le apartaban de la más bella mitad del género humano, peinábanse sencillamente, alisando sus cabellos, ó separándolos por medio de una raya á uno y otro lado de la cabeza, y cubriendo con ellos las sienes.

Y he aquí que la rubia aparición del salón azul exhibía audazmente un torrente de ondulados cabellos de oro, que caían en brillante cascada sobre sus hombros, mientras que en la frente de la morena se apoyaban los cimientos de una construcción capilar en pirámide en la que no entraban otros materiales que su magnífica crencha de un negro azulado. Y como es consiguiente, este suplemento de excentricidad debía excitar aún más los ya bastante excitados sentidos de los alegres señores de la Corte.

— Si esas dos mascaritas son hurfes, — dijo Chicot — dispuesto estoy á renegar de mi fe en el acto, y á hacerme musulmán.

— ¿Pero de qué van disfrazadas? — interrogó uno.

— ¡Vamos á preguntárselo á ellas! — clamaron varios.

Chicot los contuvo.

— ¡Alto! — dijo. — Me delego yo para averiguar á conciencia todo lo relacionado con tan inquietantes máscaras. Esperadme tres minutos; dentro de un cuarto de hora estoy aquí...

Y desapareció. Pero las máscaras desconocidas, adivinando sus propósitos, consultáronse con la mirada, y agarradas de las manos lanzáronse bravamente á través de los grupos, logrando alcanzar el salón blanco.

Desconcertado Chicot por la atrevida é imprevista maniobra, lanzó el grito que es de ritual entre los cazadores para acudir hacia la res que huye, logrando de este modo que todos sus alegres compañeros se pusieran en movimiento. Pero por mucha prisa que se dieron los que llegaron en primer término á la habitación en que se hallaba la duquesa de Guisa, solo consiguieron ver cómo las dos perseguidas jóvenes desaparecían tras una puerta que se cerró inmediatamente.

— ¡Derribémosla! — aconsejaron los más exaltados.

— Sepamos antes á donde conduce; — dijo uno de los sensatos. — El señor de Nivernais va á decírnoslo.

— Con mucho gusto; — dijo el duque de Nivernais.

— Detrás de esa puerta está el salón de Coconás.

— ¿De Coconás? ¡Diablo! Y puede saberse quién tiene derecho á cerrar la puerta del salón de Coconás.

— Probablemente, la persona para quien ese salón ha sido reservado. Y esa persona no es otra que el señor Mammouth el rojo.

Al oír este nombre tan temido, los más timoratos retrocedieron. ¿Luchar contra el mago? ¿Para qué? Reintegráronse pues, todos, al salón de baile, reco-

brando sus primitivas posiciones. Adoptaron los caballeros actitudes gallísticas, y preludiada la medida por las violas comenzó la danza.

Eran cuatro las parejas. La condesa Ayela de Givors, haciendo gala de gusto personalísimo y de absoluto desdén de las convenciones de la moda, habíase puesto una estrecha falda de encaje que modelaba tanto sus formas opulentas que hubiérase dicho que la tal falda era lo único que las cubría. Su cara aparecía enmarcada por un cuello estilo Médicis, y sobre los cabellos llevaba una mariposa con diamantes en las antenas.

Las otras tres damas, miss Huming, la señorita de Limeuil y la de Saint-Remy, aunque también medio desnudas, habían hecho menos gastos para disfrazarse. La reina madre, á la que nadie invitara á la fiesta, hubo de autorizar y aun ordenar que asistieran á ella sus espías, quienes pudieron escoger á su antojo los trajes en el guarda-ropa de disfraces utilizados para los bailes de corte que se dieron en tiempos de Diana de Poitiers.

Llevaba miss Huming un rico vestido de silesiana, cuya falda, muy transparente, permitía á los ojos indiscretos percatarse de la línea perfecta de sus piernas.

De la señorita de Limeuil hubiérase dicho que era una muchachuela descarada, al verla con su disfraz transilvaniano. Sus pieles y alamares, y sobre todo, la indiscreta abertura de una falda ya bastante corta, causaban la admiración de los caballeros, quienes se mostraban menos entusiasmados con el traje de adivina de la de Saint-Remy, cuyos collares de perlas hacían pali-ecer de envidia á más de cuatro elevadas damas.

Ignorantes del exotismo, los caballeros habíanse contentado, para disfrazarse, con endosar trajes relativamente populares por lo que tenían de nacionales. Schoemberg iba de tamborilero, Riberac de paje de Francisco I^o y Mercœur también de paje, de la época de Enrique II.

Rolando de Saboya-Nemours era el único que habíase creído dispensado de hacer modificación alguna en su traje de primer gentilhomme de la cámara del rey, y vestía por consiguiente tal y como le vimos aparecer por primera vez en la casa de las miñonas, empolvado y perfumado, como era natural en el rey de los refinados, y con fuerte golpe de cosmético en el bigote, cuyas guías miraban hacia los anillos con que adornara sus orejas.

Digamos en honor á la verdad que tal atavío le sentaba á maravilla, ofreciendo además para el interesado la ventaja de permitirle conservar la libre disposición de una formidable espada.

El salón de Coconás, que el duque de Nivernais y el Prevoste de los mercaderes habían destinado para el servicio particular de Mammouth el rojo, quien poseía amplios poderes sustituyendo oficiosamente á Villequier cuya muerte no era aún conocida del público, confinaba, como dijimos antes, con la que fuera cámara-dormitorio de Enriqueta de Cleves, querida del cruel Piamontés, y gracias á este dormitorio tenía una salida falsa á la escalera norte del Hotel. Precisamente porque no ignoraba esta particularidad, fué por lo que

el célebre hechicero, muy aficionado á las excursiones misteriosas, hubo de rogar al de Nivernais pusiera á su disposición el indicado salón de Coconás, sin que á tal autorización se negara el duque de Guisa, á quien se consultó al efecto. Y es que este último, que ignoraba lo de la puerta falsa, pensó que posesionado el brujo del salón sería fácil encerrarle en él evitando de este modo su intervención mientras se desarrollase el proyectado complot.

Pero el tiempo pasaba y nadie había visto aún al mago del rey. El duque de Guisa, inquieto, comenzaba á temer que tal vez no se presentaría en tiempo oportuno, cuando la brusca aparición de las dos mascaritas y la precipitada fuga de éstas hasta encerrarse en el salón de Coconás, le hicieron pensar con cierta apariencia de lógica :

— Por lo visto ese cardenal de Mahoma piensa encerrarse en galante compañía; puesto que las damas están ya ahí, no debe él andar muy lejos.

Y esta idea, aunque equivocada, hubo de tranquilizarle hasta el punto de que él mismo indicó al duque de Nivernais la conveniencia de que disuadiera de su empeño á los impetuosos galanes que se aprestaban á sitiarse el refugio escogido por las dos máscaras.

Apenas habían éstas penetrado en su refugio, cuando la morena, mucho más decidida que su rubia compañera, corrió los cerrojos, y ya tranquila, segura de que el solo nombre del mago bastaba para convertir el salón en fortaleza inexpugnable, quiso tranquilizar á su vez á su amiga.

— Nada tenemos que temer aquí; — díjole sonriendo. — Esos imbéciles preferirían dejarse cortar las manos á tratar de abrir esa puerta que es para ellos como la de la caverna de Ali-Babá.

La rubia no contestó. Hallábase aún jadeante y temblorosa.

Tomóla en sus brazos la morena y ambas fueron á sentarse en un canapé de puro estilo.

Vestía la rubita un corpiño cortado de alguna fina tapicería oriental, adornado con filigranas de oro, que se cerraba con una lazada, no en la espalda, sino en el costado izquierdo, llevando además golpes de encaje en las dobles mangas. Un drapeado que arrancaba de la cadera izquierda luego de envolver con elegancia y estudiado descuido la derecha, caía airoso sobre la falda, medio corta, abrochada lateralmente.

El disfraz de la morena, verdaderamente extraordinario para la época, era de seda adasmacada, en la que, pintados á la mano, aparecían animales extraños, flores inverosímiles, é insectos y peces monstruosos. Por un alarde de riqueza tocando en lo maravilloso, los ojos de los animales como los pétalos de las flores eran gemas de distintos colores. Las mangas, como el resto del vestido, eran caídas, llegando hasta cerca de las corvas, pasando los antebrazos por aberturas practicadas en ellas á la altura de los mismos. El cinturón de seda trenzada, terminaba en ambos extremos por dos colgantes de marfil antiguo laboriosamente trabajado é incrustado de figulinas de oro. Por último, la opulenta cabellera aparecía adornada y como contenida por

anchos puñales de ébano, dispuestos en la cabeza á modo de varillaje de abanico. Y para completar la originalidad de este disfraz que pocos europeos podían alabarse de conocer entonces, su propietaria llevaba en la mano un parasol de bambú y papel de china rizado, tan ilustrado con flores y animales como la pintada túnica.

Una vez sentadas ambas jóvenes quitáronse los antifaces, mostrando entonces la rubia el rostro aureolado de oro de Glorieta, hermana adoptiva de Sed de Amor y nueva pupila de la marquesa de Villanueva-Marsan; y la otra el semblante grave y hermoso de Fiamma, la vidente de Bar Cobral ó de Salem Kebir.

Miráronse una y otra, como si mutuamente se examinasen, y Fiamma dijo:

— Es verdaderamente precioso vuestro disfraz de aldeana danubiana de Turquía... Entiendo bastante de eso, más de lo que os figuráis, y puedo aseguraros que tengo la seguridad que no han visto nunca en Moldavia una hospodarinetá tan gentil como vos. Yo voy vestida de geistha nipona, de las islas que están al otro extremo del mundo. De allí me traje Sidi Salem este kimono, y todo cuanto llevo encima...

Escuchabala Glorieta sin oírla, pensando en otra cosa.

Un observador atento hubiera podido percatarse de que en los ojos de la rubita se reflejaba la desconfianza.

Fiamma habló.

— Niña, — dijo, — permitidme que os llame así

pues aunque no tengo mucha más edad que vos, estoy ya cerca de la muerte; — hacéis mal en desconfiar de mí. Yo soy vuestra amiga. Sé lo que vais á hacer, y para mí sería un gran placer facilitaros la tarea; esa tarea que llevaréis á cabo por el amor del hombre á quien amáis y que os ama á su vez sin darse de ello cuenta...

Los ojos de Glorieta brillaron con extraño fulgor, y la ambigua frase de su compañera hubo de arrancarle un suspiro.

— Precisamente con esa intención, — siguió diciendo Fiamma — con la de ayudaros, os salí al encuentro hace un instante. Esta casa inmensa os es desconocida; os perderíais en ella si no se os indica el camino... Ved, de este salón podéis salir sin que nadie os vea. Si queréis que os sirva de guía, decidme solo una palabra, menos aún que eso, haced un signo... Pero ha de ser pronto, enseguida, porque el maestro va á venir de un momento á otro, y cuando él está presente no me es posible resistir á su imperiosa voluntad... Conque vaya, decidíos... ¡Es tan vivo, tan sincero el deseo que tengo de hacer una buena acción antes de perder la vida!

En los párpados de la muda temblaron algunas lágrimas. La fe se hizo en ella de pronto. Dejó con cariño á su compañera de un instante, y apoderándose del tamboril que tomara al acaso para completar su disfraz reemplazando con él la hoja de marfil que ya conocemos, escribió en él estas palabras:

— Llevadme hasta la escalera de la torre de Nesle.

Fiamma leyó. Luego, sin vacilar, tomó á Glorieta de la mano, desapareciendo con ella por una puerta disimulada, al mismo tiempo que le murmuraba al oído:

— Gracias por esa confianza. Voy á conducirlos donde queréis. Venid.